

# «Los caciques suicidas» de Ricardo Palma: un ensayo desde la psicología

(Discurso de aceptación como miembro de número del Instituto Ricardo Palma)

Ramón León  
Universidad Ricardo Palma  
ramon.leon@urp.edu.pe  
Lima-Perú

## Resumen

El presente texto analiza una de las tradiciones de Ricardo Palma, «Los caciques suicidas». En las *Tradiciones peruanas* se presentan varios casos de suicidio ocurridos en el Perú, especialmente en los años de la Colonia. En la tradición que analizamos se describe y discute brevemente el suicidio de autoridades del imperio incaico sometidas a la conquista española. El autor comenta estos casos tomando en consideración la clásica tipología de los suicidios (altruista, egoísta, anómico) del sociólogo francés Émile Durkheim. Los suicidios de los caciques eran de naturaleza anómica.

**Palabras clave:** Ricardo Palma, suicidios, *Tradiciones peruanas*, caciques suicidas

## Abstract

*This paper analyzes «Los caciques suicidas», one tale (tradición) by Ricardo Palma in his Tradiciones peruanas. In Tradiciones several cases of suicide that occurred in Peru are presented, especially during the Colonial years. In «Los caciques suicidas», the suicide of authorities of the Inca empire subjected to the Spanish conquest is briefly described and discussed taking into consideration the typology of suicides (altruistic, egoist, and anomic) proposed by the French sociologist Émile Durkheim. These suicides were of an anomic nature.*

**Keywords:** Ricardo Palma, suicides, *Tradiciones peruanas*, caciques suicidas

*¡Alma mía! No aspire más allá de lo posible  
cual si fueras deidad; pero sí agota hasta el último  
límite tus fuerzas.  
(Píndaro, Oda III:  
Al mismo Hierón, Pítica III)*

Las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma constituyen un monumento literario que invita a mil posibilidades de aproximación, inclusive la filosófica, como lo señala Roland Forgues (2023), para quien son un «tratado de filosofía aplicada» porque «se da, en efecto, en la obra de Palma una estrecha correspondencia entre el conocimiento concreto y práctico del pasado, el pensamiento abstracto y teórico vuelto hacia el futuro, y la praxis social y creativa anclada en el presente (p. 401).

Los análisis más frecuentes, sin embargo, han sido y continúan siendo los literarios. *Aula Palma*, el órgano del Instituto Ricardo Palma, así lo evidencia, pues en sus páginas se han publicado ensayos, estudios, discusiones y relecturas de las *Tradiciones*.

El análisis histórico es el que probablemente sigue en frecuencia. Las *Tradiciones* conjugan historia con imaginación y conocimiento con intuición. Y esa integración permite apreciar no solo el saber que poseía don Ricardo acerca de nuestro pasado, sino también el arte, tan suyo, de forjar una urdimbre entre ese saber y su inagotable imaginación (Valenzuela, 2019; Chiri, 2021; Gonzáles Alvarado, 2022).

Menos frecuentes han sido las aproximaciones desde la antropología (véase, sin embargo, Ayala Olazával, 2016; Lavalle, 2018) como asimismo desde el ámbito de la economía (Huamán, 2021). Y todavía menos, aquellas que provienen de las canteras de la psicología. No conozco muchos análisis de las *Tradiciones* desde esta ciencia de la conducta, que es aquella en la que me muevo, pues soy psicólogo de profesión.

Sorprendente, al menos para mí, esta ausencia, porque en las páginas de las *Tradiciones* encontramos infinidad de seres humanos, los cuales son descritos de esta manera por Lavalle (2018): «soldados, tapadas apasionadas y misteriosas, sacerdotes pícaros, aristócratas soberbios, virreyes generosos, funcionarios quisquillosos, aventureros de toda clase con diversas fortunas, con destinos a menudo cómicos y, a veces, hasta dramáticos» (p. 217).

Seres humanos que protagonizan en los diferentes relatos incluidos en las *Tradiciones* actos sublimes, acciones de grandeza, pero también perpetran trapacerías e innumerables inconductas. Es decir, rico, casi inagotable material para análisis psicológicos, psicopatológicos o hasta

abiertamente psiquiátricos, como queda demostrado en el estudio de Jurado Urbina (2022) sobre un caso de lo que hoy se conoce como ludopatía en la tradición «Amor de madre. Crónica de la época del virrey “Brazo de Plata”».

Obviamente, la psicología que espera al lector en las páginas de las *Tradiciones* no es la académica ni la científica. No podía serlo porque en los tiempos del tradicionista la psicología era considerada (también entre nosotros) una rama más de la filosofía, independizándose recién en 1879 cuando Wilhelm Wundt funda en la Universidad de Leipzig el primer laboratorio de psicología experimental (Boring, 1980).

¿Qué psicología es, por tanto, la que sale a nuestro encuentro en las *Tradiciones*? Pues una por mucho tiempo poco valorada; mirada displicentemente por los especialistas. Me refiero a la psicología *naïf*, popular, a la *folk psychology*. Esta psicología, que antropólogos como Paul Radin (1957) reconocieron en su importancia desde muchísimo tiempo atrás, recién fue admitida como tema de estudio por los especialistas en la conducta, cuando Fritz Heider dio a la luz su importante libro *The psychology of human relations* (Heider, 1958; Malle & Ickes, 2000).

Es, para decirlo de un modo muy sencillo, el saber psicológico fundamentalmente práctico, generalmente con resabios de desengaño, pero asimismo con vislumbres de sabiduría, acumulado en el trato cotidiano con nuestros congéneres, y expresado en ocasiones en refranes y consejas, cuya veracidad y validez aceptamos. Porque, ¿quién no sabe que «así como te ven te tratan» y que «dime con quién andas y te diré quién eres»?

Es esa la psicología que está en las *Tradiciones*. Una psicología alimentada por reveses, desengaños y algunas sorpresas agradables que se han hecho en nuestro agitado paso por este mundo, y por observaciones intencionadas y prolongadas unas, y hechas al desgairre otras; todo esto más o menos estructurado por la reflexión que cada uno hace en su intimidad de lo visto, lo oído, lo vivido y lo vivenciado. Es una psicología que bien merece el calificativo de *psychologia perennis*, cercana al sentido común de hoy, de ayer y de siempre. Un conocimiento psicológico de «uso diario», por medio del cual las personas (con formación psicológica o carentes de ella) suelen guiar su conducta en esa maraña que en el fondo es la relación con otras personas.

En su aparente simpleza y ausente de sistematización, esta psicología, sin embargo, avanza allí donde la académica se detiene paralizada por los rigores y limitaciones que le impone el método científico; avanza, repito, en la exploración de las motivaciones recónditas y los entresijos de la subjetividad de cada cual, iluminando

muchas veces con claridad meridiana parajes de la condición humana inaccesibles a experimentos, test, cuestionarios, inventarios y encuestas.

Es la psicología contenida, por ejemplo, en el *Oráculo manual y arte de prudencia*, del gran conceptista aragonés Baltasar Gracián (1647/1995), el mismo que recomienda que nos movamos en este mundo «con malicia y con milicia», incisivo examinador de las innumerables miserias, pero también de las extraordinarias grandezas de las que es capaz nuestra especie. Es la psicología que encontramos en los aforismos del Duque de La Rochefoucauld (1817/2006), inmisericorde en su tarea de mostrarnos los turbios motivos de muchos de nuestros «actos nobles» y de desprendimiento; y, con otra tonalidad afectiva, en los *Cuentos jasídicos*, de Martín Buber (1980, 1983a, 1983b, 1993). Guardando las distancias y reconociendo las diferencias, es también la psicología que campea en las *Tradiciones* de on Ricardo Palma.

En esta comunicación quiero referirme a una conducta de las muchas que caracterizan a los personajes de las *Tradiciones*. Pero no a cualquier conducta, no a una conducta habitual, sino más bien a una, definitiva y radical: el suicidio.

Cuanto más rotunda es una conducta, tanto más se esfuerza nuestro lenguaje en limar sus aristas por medio de definiciones muy sutiles como las de un antropólogo que conceptúa al suicidio como «una acción humana destinada a la clausura voluntaria del tiempo individual». Autores como Carbonell (2007) y Arendt *et al.* (2018) han hecho un detenido análisis lingüístico de las expresiones que se emplean en inglés y en alemán: *fatal suicide attempt, successful suicide, Suizid, Selbstmord, Freitod*. Términos valederos todos, sin duda, pero que no consiguen ubicar al suicidio en el nivel de «una conducta más». Porque el suicidio es, en última instancia, «una de las formas más extremas de muerte, con una gran fuerza de impacto» (Sáez, 2020, p. 254).

«No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio», afirma Albert Camus en *El mito de Sísifo* (Camus, 1995). «Un acto como este se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El propio suicida lo ignora. Una noche dispara o se sumerge», continúa el gran pensador francés.

En su naturaleza misteriosa y desafiante de las explicaciones provenientes de la lógica, pues «para nuestro sentido común la muerte autoinfligida carece, en la mayor parte de los casos, de una base razonable» (Boeri, 2002, p. 21), el suicidio puede ser visto como un gesto grandioso o como una expresión de cobardía, como una forma de reivindicación del honor o como reconocimiento de una culpa

o un delito. El suicidio es un acto individual, pero con inmensas repercusiones psicológicas, jurídicas, y sociales. Y también filosóficas, como lo reconoce Platón en *Fedón* y nos lo repite Camus.

No solo la filosofía, por cierto, trata del suicidio. También las artes lo han abordado a lo largo del tiempo, como lo demuestran *Gálata suicida* en la escultura; *Las cuítas del joven Werther*, la obra de Johann Wolfgang von Goethe, en la literatura; *Madame Butterfly*, de Giacomo Puccini, en la música; y, *El suicidio*, de Edouard Manet, en la pintura. Especialmente en la literatura encontramos a numerosos suicidas no solo entre quienes lo cultivaron, sino también ente los que cobraron vida a través de sus plumas (*Yocasta*, *Romeo y Julieta*, *Bruto y Casio*, así como *Otelo*, en Shakespeare; *Ana Karenina*, *Emma Bovary*, el ya mencionado *Werther*, el *inspector Jarvert*, en *Los miserables* de Victor Hugo; Hedwig, en *El pato salvaje*, de Henrik Ibsen, *Dorian Gray*; Thérèse y Laurent en *Thérèse Raquin*, de Emile Zola; el Geheimrath Matthias Clausen, de *Vor Sonnenuntergang* (Antes de la caída del sol, del entre nosotros poco conocido Gerhart Hauptmann; así como muchos más).

Por lo tanto, un tema así no podía estar ausente en la obra de Ricardo Palma. Si bien no he podido revisar con el detenimiento que hubiera deseado todas las *Tradiciones*, puedo afirmar que, en sus páginas, el acto suicida aparece, aunque no con mucha frecuencia.

Esa escasa frecuencia corresponde en realidad a lo que ocurre en los hechos: los suicidios, si bien en los últimos años van en constante y sorprendente aumento, no son tan frecuentes. La inmensa mayoría de los seres humanos se despide de este mundo vía la así llamada muerte natural, o, en casos desdichados, en accidentes o, aún peor, en guerras y atentados terroristas, como los que hoy asolan al mundo.

Pero bien lo sabemos, hay asimismo gente que sí se suicida; así como también la que juega con la idea de matarse. «Ideación suicida», llaman los psiquiatras a esta última (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, Fifth Edition - DSM-5*, American Psychiatric Association, 2013.). De acuerdo con la prestigiada revista *The Lancet* (2024), cada año, setecientos mil personas se suicidan en el mundo entero, y el suicidio es la cuarta causa de muerte entre quienes tienen 15 y 29 años de edad.

Pareciera que, como lo señalara hace muchos años ya Patricia de Martelaere (1997), el suicidio está de moda: «Cada vez más gente piensa en ello, cada vez más gente lo hace y cada vez más gente vuelve a intentarlo» (p. 117).

La investigación epidemiológica ha arrojado muchas luces sobre esto: los suicidios son más frecuentes en las personas de sexo masculino,

y, en general ocurren más en sociedades de ingresos bajos o medianos (Knipe *et al.*, 2022).

Los suicidas, al dejar este mundo se llevan consigo casi siempre la razón de su voluntaria partida al reino de las sombras, sumiéndose en un mundo de incógnitas, de torturantes preguntas sin respuesta, que muchas veces conducen a sentimientos de culpa.

En la revisión de las *Tradiciones* que he efectuado —revisión que, por cierto, no reclama el calificativo de exhaustiva—, me han llamado la atención algunas en las cuales el suicidio está presente. Todas ocurrieron en la época de la Colonia.

¿Nadie acaso se suicidó en los años de la república en el siglo XIX? Claro que sí, tantos que ya en la segunda mitad de esa centuria se observa un interés por el tema expresado en artículos periodísticos, informes de los suicidios en Europa y hasta en alguna tesis (véase Drinot, 2009). Pero el «mundo» de Palma es predominantemente el de la Colonia: de él obtiene tanto información como inspiración para su labor literaria.

A eso volveremos más adelante. Tratemos ahora de las tradiciones en las que ocurren suicidios.

En la titulada «El mejor amigo..., un perro», Palma (2014a) se refiere a un tal Mauro Cordato, que se suicidó en 1810, pero sobre todo, a un alcalde de Lima, José Antonio Errea y Eugui, que se quitó la vida arrojándose de la torre de la iglesia de La Merced, en el centro de nuestra ciudad.

Cedemos la palabra a Palma:

Tan raro era un suicidio en Lima, que formaba época, digámoslo así. En este siglo, y hasta que se proclamó la independencia, solo había noticia de dos: el de Mauro Cordato y el de don Antonio de Errea, caballero de la Orden de Calatrava, regidor perpetuo del Cabildo, prior del tribunal del Consulado, y tesorero de acaudalada congregación de la O. Errea, que en 1816 ejercía el muy honorífico cargo de alcalde de la ciudad, llevaba el guión o estandarte en una de las solemnes procesiones de la catedral, cuando tuvo la desdicha de que un cohete o volador mal lanzado le reventara en la cabeza, dejándolo sin sentido. Parece que, a pesar de la prolija curación, no quedo con el juicio muy en sus cabales; pues en 1819 subióse un día al campanario de La Merced y dio el salto mortal. Los maldicientes de esa época dijeron... (yo no lo digo, y dejo la verdad en su sitio)... dijeron... (y no hay que meterme a mí en la danza ni llamarme cuentero, chismoso y calumniador)... Conque

decíamos que los maldicientes dijeron... (y repito que no vaya alguien a incomodarse y agarrarla conmigo) ( que la causa de tal suicidio fue el haber confiado Errea a su hijo político, que era factor de la real compañía de Filipinas, una gruesa suma perteneciente a la congregación de la O, dinero que el otro no devolvió en la oportunidad precisa. (p. 532)

Es de imaginarse el impacto de ese suicidio en la Lima de aquel entonces, con unos 60 o 70 mil habitantes. Escribe el tradicionista al respecto:

Hacia medio siglo, por lo menos, que no se daba en Lima el escándalo de un suicidio. Calcúlese la sensación que éste produciría. De fijo que proporcionó tema para conversar un año; que, por entonces, los sucesos no envejecían, como hoy, a las veinticuatro horas. (p. 531)

El hecho de que el suicida escogiera la iglesia de La Merced, debió agregar más patetismo a un hecho de por sí conmovedor para los limeños de esos años.

En «Orgullo del cacique» (Palma, 2015c), así como en «Muerta en vida», también hace su presencia el suicidio. En este relato, ambientado en los años de la Colonia y con reminiscencias de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, como lo ha demostrado Rodríguez Mansilla (2011), se relata lo ocurrido en un litigio por tierras entre dos alcaldes, el de Atiquipa y el de Acarí. Cedemos una vez más la palabra a Palma:

Entre los caciques de Acarí y de Atiquipa, que nacieron cuando ya la conquista española había echado raíces en el Perú, reinaba en 1574 la más encarnizada discordia, a punto tal que sus vasallos se rompían la crisma, azuzados, se entiende, por los curacas rivales. Era el caso que el de Atiquipa no se conformaba con que las fértiles lomas estuviesen bajo su señorío, y pretendía tener derecho a ciertos terrenos en el llano. El de Acarí contestaba que, desde tiempo inmemorial, su jurisdicción se extendía hasta la falda de los cerros, y acusaba al vecino de ambicioso y usurpador. La autoridad española, que no podía consentir en que el desorden aumentara en proporciones, se resolvió a tomar cartas en la querrela, amén de que el poderío de los caciques más era nominal que efectivo; pues a la política de los conquistadores convenía aún dejar subsistentes los cacicazgos y demás títulos colorados, rezagos del gobierno incásico.

El corregidor de Nazca mandó comparecer ante él a los dos caciques, oyó pacientemente sus cargos y descargos, y los obligó a prestar juramento de someterse al fallo que él pronunciara.

Dos o tres días después sentenció en favor del cacique de Acarí y dispuso que, en prueba de concordia, se celebrase un banquete al que debían concurrir los indios principales de ambos bandos.

El de Atiquipa disimuló el enojo que le causara la pérdida del pleito; y el día designado para el banquete de reconciliación estuvo puntual, con sus amigos y deudos, en la plaza de Acarí.

Había en ella dos grandes mesas en las que se veía enormes fuentes con la obligada pachamanca de carnero, y no pocas tinajas barrigudas conteniendo la saludable chicha de jora, mil veces preferible, en el gusto y efectos sobre el organismo, a la amarga y abotargadora cerveza alemana. Ocupó una de las mesas el vencedor con sus amigos, y en la fronteriza tomaron asiento el de Atiquipa y los suyos. (pp. 47-48)

Llegada el momento del brindis, el perdedor ofrece al alcalde de Acarí el mate que tiene en la mano derecha, al mismo tiempo que él toma otro, libre de la sustancia ponzoñosa. El alcalde de Acarí, malicioso y con razón receloso, le pide, sin embargo, intercambiar las copas: «Hermano, si me hablas con el corazón, dame el mate de la izquierda, que es mano que al corazón se avecina». El alcalde de Atiquipa, empalidecido, acepta el cambio, que lleva a cabo «con pulso sereno», anota Palma, sabiendo que va a morir. Nuestro tradicionista describe así lo sucedido:

Ambos apuraron el confortativo licor; más el de Atiquipa, al separar sus labios del mate, cayó como herido por un rayo. Entre el suicidio y el ridículo de verse nuevamente humillado por su contrario, optó sin vacilar por el suicidio, apurando el tósigo que traía preparado para sacrificar al de Acarí. (p. 49)

En «Muerta en vida» (Palma, 2014b), una atmósfera de picardía envuelve el relato. Palma hace referencia a una muchacha, Laura Venegas, obligada por su padre a entrar al convento de Santa Clara al negarse a contraer matrimonio con un vejete, pues está enamorada de un muchacho de gran apostura, el médico Enrique de Padilla.

Un buen día, transcurridos aproximadamente dos años desde el ingreso de Laura al claustro, es llamado al convento un médico para atender a algunas monjas. Allí, la muchacha reconoce a su antiguo amor. Cae desmayada y su cuerpo experimenta fiebres nerviosas

repetidamente, lo cual hace que el médico vuelva en varias oportunidades a verla. Sin duda jubiloso del reencuentro y reverdecida la pasión de antaño, ambos traman burlar la despótica orden del padre.

Oportunamente consiguen un cadáver, robado del hospital de Santa Ana, el de un «infeliz chileno» suicidado en Lima, así lo califica Palma, que es introducido entre gallos y medianoche en el claustro.

Media hora más tarde, las campanas del monasterio se echaban a vuelo anunciando incendio en el claustro. La celda de sor Laura era presa de las llamas. Dominado el incendio, se encontró sobre el lecho un cadáver completamente carbonizado. Al día siguiente y después del ceremonial religioso se sepultaba en el panteón del monasterio a la que fue en el siglo Laura Venegas. (p. 419)

En realidad, la «monja fallecida» toma las de Villadiego junto con su galán. «¿Ahogaron sus remordimientos? ¿Fueron felices? Puntos son estos que no incumbe al cronista averiguar», concluye Palma.

Por último, en «Un fraile suicida» (Palma, 2015d), un sacerdote víctima de maltratos e injusticias decide quitarse la vida. Fray Casimiro Navarrete, «un portento de oratoria sagrada», era al mismo tiempo cultor de los placeres de Baco, razón por la cual solía descuidar sus deberes sacerdotales.

Con estas noticias acerca de Navarrete, y tras una injustificada ausencia suya en una importante celebración religiosa en la que debía dar un sermón, fray Andrés de Talamantes, sacerdote franciscano y «aragonés severo y cejijunto», autoridad de la cual dependía Navarrete, ordena la reclusión de este en un calabozo.

A pesar de los ruegos de Navarrete para salir en libertad, Talamantes no cede y lo mantiene encerrado. Convencido finalmente de que su superior no hará caso de sus ruegos, Navarrete se suicida. Su alma en pena, sin embargo, atormenta con sus apariciones a Talamantes, que, enloquecido, tras treinta noches «entregó su alma al Hacedor».

Pero, sin duda, la tradición en la que todo lo sombrío del suicidio se pone de manifiesto es «Los caciques suicidas» (Palma, 2015b). Si bien el tradicionista trató sobre todo los temas de la época colonial, «especialmente los del refinado y borbónico siglo XVIII», como anota Oviedo (2012, p. 122), en «Los caciques suicidas», a pesar de su brevedad, Palma lleva al lector a los aciagos años de la conquista española.

El título anuncia el dramatismo del relato, en el cual se presenta a un cacique que, habiendo reunido una cantidad de oro como parte

de su contribución para el rescate de Atahualpa, se entera de que este ha sido ajusticiado. Entonces, «mandó construir [...] una escalera de piedra, que le sirvió para transportar el tesoro a la empinada cueva de Pitic; luego hizo destruir la escalera y se enterró vivo en aquella inaccesible altura» (p. 299).

Tiempo después, Palma fija la fecha en el año de la fundación de Lima, 1535. Pizarro, el conquistador, ordenó «que se trajesen en trailla indios de los alrededores de la ciudad para que sirviesen de albañiles».

El cacique de Huansa y Carampoma se negó tenazmente a cumplir una orden que humillaba la dignidad de los suyos; y en la imposibilidad de oponer resistencia al despótico mandato prefirió, a ser testigo del envilecimiento de sus súbditos, enterrarse en una cueva, cuya boca hizo cubrir con una gran piedra labrada. (p. 300)

Esta crónica forma parte de las pocas en que Palma se concentra en el mundo incaico. De acuerdo con Bolaños Acevedo (2021):

Desperdigadas a lo largo de una serie de tradiciones pueden encontrarse las siguientes: «Palla Huarcuna», «La gruta de las maravillas», «La Achirana del Inca», «El que pagó el pato», «Los caciques suicidas», «Ollantay» y «Los incas ajedrecistas»; es decir, apenas 7 de las 453 tradiciones que el autor escribió a lo largo de los años. (p. 73)

Cabe preguntarse de dónde obtuvo Palma la información de algo sucedido unos trecientos años atrás. Ayala Olazával (2016), que ha estudiado esta tradición, anota que nuestro autor mantenía correspondencia con muchas personas tanto del país como del extranjero, que le hacían llegar *ex professo*, o a modo de comentarios incidentales, relatos como este, que se convertían después en la materia prima de las *Tradiciones*. Oviedo, por su parte, sin referirse específicamente a esta tradición, anota que Palma recogía materiales para su obra de cualquier fuente: «Crónicas coloniales, documentos históricos o literarios, archivos judiciales, manuscritos conventuales, actas de cabildo, memorias de virreyes, viejos autores españoles» (p. 121).

En el caso de «Los caciques suicidas» la información, siempre según Ayala, debió provenir de alguien que vivía en Huarochirí, región cercana a Lima, en la que ocurre el segundo suicidio. No ingresaremos al tema de las fuentes porque no es el centro de esta comunicación, sino a lo del suicidio.

El inesperado y al mismo tiempo cruento desplome del incanato trajo consigo también el derrumbe de toda una forma de vida y de entender el mundo en los habitantes del Tawantinsuyo. Los usos y costumbres, los centros y detentadores del poder hasta entonces, la religión, y hasta el idioma, así como los niveles de autonomía personal se vieron profundamente afectados por un acontecimiento que debió ser inexplicable para ellos.

Pablo Macera (1978) desde la historia y Javier Mariátegui (1985) desde la psiquiatría han abordado el significado negativo de la conquista en la vida de los habitantes del Tawantinsuyo. Mariátegui considera que la conquista española constituyó un trauma biológico, social y cultural de tal envergadura que «suprimió los controles psicopolíticos y religiosos que sustentaban el universo valorativo de la población precolombina» (p. 48).

Además de las muertes provocadas por epidemias hasta ese momento desconocidas, debieron ser muchos los que optaron por quitarse la vida, que es lo que relata Palma en «Los caciques suicidas», algo que también ha ocurrido en otros momentos de la historia en los que tales conmociones sociales han acontecido. Solo dos ejemplos: en 1802, Luis Delgrès, oficial francés mulato, decide junto con su tropa (trecientas personas entre oficiales y soldados) matarse antes de ser tomados prisioneros por las tropas enviadas por Napoleón a las Antillas con el fin de restablecer la esclavitud (Moitt, 1996, Godineau, 2012), en tanto que, acabada la Segunda Guerra Mundial, hay una «epidemia» de suicidios colectivos en la derrotada Alemania (Huber, 2016).

Los suicidios tras la conquista son un fenómeno poco estudiado — escribe Amador Rivera (2015)—, pero muy importante en nuestra historia, el mismo ameritaría hojas y hojas de estudio, el porqué de los mismos ocuparía tan solo cientos de páginas destinadas a renegar de la situación tan precaria a la cual fueron sometidos. Si bien no existe una cuantificación de las víctimas por suicidio, estas llegaron a ser tantas, que se sabe que la demografía india redujo considerablemente entre el 1530 y 1620. (p. 96)

Curatola (1989, p. 235) se refiere al «altísimo número de suicidios (una verdadera y prolongada epidemia), que se produjo en los cien años que sucedieron a la conquista española».

Juan Matienzo (1567/1967, p. 16) también se refiere a los frecuentes suicidios, atribuyéndolos sin embargo al «carácter melancólico» de los indios:

Son, lo primero, todos los indios de cuantas naciones hasta aquí se han descubierto, pusilánimes e tímidos, que les viene de ser *melancólicos naturalmente*, que abundan de *cólera adusta fría*. Los que este hábito y complesión tienen (dice Aristóteles) son muy temerosos, flojos e necios; que les viene súbitamente, sin ocasión y causa alguna, muchas congojas y enojo, y si se les pregunta de qué les viene, no sabrán decir porqué. De aquí viene desesperar y ahorcarse cuando son muy mozos o muy viejos, lo cual acae cada hora a los indios, que por cualquiera pequeña ocasión o temor se ahorcan (Morong, 2014).

Ahora bien, para decirlo en términos muy simples: hay suicidios y suicidios. Los hay frustrados, como el de Chamfort, el filósofo francés que, en 1793, acosado por el infame Comité De Salut Public, intentó matarse de un pistoletazo en el paladar, con tan poca pericia en el difícil arte de quitarse la vida que terminó más bien destrozándose la mandíbula y la nariz. Desfigurado y sangrante se infiere numerosos cortes que lo llevarán a la muerte solo algunos meses después.

O los de Sylvia Plath y Virginia Woolf, que, tras reiterados fracasos, finalmente encontraron la senda al más allá que afanosamente buscaban desde muy jóvenes.

Y, por supuesto, hay los suicidios «exitosos», dicho esto entre comillas: el de Vincent van Gogh y el de Ernest Hemingway son solo dos. En algunos casos esos suicidios se perpetran rodeados de una espectacularidad siniestra, como el de Yukio Mishima, el escritor japonés que se quitó la vida el 25 de noviembre de 1970, tras pronunciar un discurso en el balcón de una instalación militar en Tokio (Yamanouchi, 1972; Rankin, 2019). Recibida su arenga con burla e indiferencia por parte de los soldados, Mishima se mató mediante el *seppuku*. Meses después, su amigo y figura paternal para él, Yasunari Kawabata, Premio Nobel de Literatura en 1968, también se quitó la vida, pero lo hizo con mucha discreción en un departamento con vista al mar, cerca de Yokohama (Sri Kantha, 2023).

Pero tal vez el más espectacular de todos los suicidios lo protagonizó en 1951 Eduardo Chibás, apasionado y carismático periodista cubano, fogoso denunciador de cuanta tropelía se perpetraba en el régimen de Carlos Prío Socarrás, que, en medio de su muy sintonizada emisión radial, y para desconcierto paralizante de su audiencia y de sus ayudantes en las instalaciones radiales, se pegó un balazo que lo llevó al otro mundo (Dunkerley, 1992).

Podríamos seguir, porque la relación de suicidas a lo largo de la historia es casi interminable: desde Sócrates, Cleopatra y Séneca

hasta Getulio Vargas en Brasil y Alan García en Perú, pasando por literatos como Gerard de Nerval, Cesare Pavese, Paul Celan, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Stefan Zweig y José María Arguedas; destacados líderes políticos como los argentinos Leandro N. Alem y Lisandro La Torre; científicos como Ludwig Boltzmann, Alan Turing y John Howard Northrop; pensadores como Walter Benjamin y Arthur Koestler; artistas de cine como Marilyn Monroe, Charles Boyer y Robin Williams; y cantantes como Kurt Cobain.

Hay, asimismo, pueblos en cuya historia el suicidio ha alcanzado niveles alarmantes; Cuba y Uruguay para mencionar los dos de América Latina (Pérez, 2005; Fernández, 2000; Le Roy, 2007; Heuguerot, 2017; Larrobla *et al.*, 2017). Al otro lado del mundo destaca Japón (Russell *et al.*, 2016), en el cual, además de las grandes figuras literarias ya mencionadas, han cometido suicidio Ryunosuke Akutagawa y Osamu Dazai, entre otros.

Y para no dejar fuera a mi gremio, enumeraré algunos especialistas en la conducta (psicólogos, psiquiatras, psicoterapeutas y psicoanalistas) que se quitaron la vida: Johannes Müller, gran figura de la psicofísica del siglo XIX, quien probablemente era lo que hoy se suele llamar personalidad bipolar; Egon Brunswik y su esposa Else Frenkel-Brunswik, importantes psicólogos alemanes de origen judío emigrados a los Estados Unidos huyendo de Hitler; Otto Lipman, víctima asimismo del nacionalsocialismo; Lawrence Kohlberg, gran teórico del desarrollo moral en el niño; Martha Muchow, destacada estudiosa del mundo infantil despojada de sus funciones laborales por su condición de judía; Bruno Bettelheim, gran psicoterapeuta de niños autistas y autor de *La fortaleza vacía* (2012) y de *Psicoanálisis de los cuentos de hadas* (2006), y Armida Aberastury, conocida psicoanalista argentina.

Émile Durkheim, gran figura de la sociología francesa, dedicó uno de sus numerosos libros al estudio del suicidio (Durkheim, 1897/1974). Un verdadero clásico reeditado numerosas veces.

Casi una veintena de años antes, en 1879, el psiquiatra italiano Enrico Morselli también trató el suicidio en un libro que tenía precisamente ese título del cual el estudioso francés tomó mucha información de naturaleza estadística.

Mientras que Morselli (1879) entendía el suicidio desde una perspectiva que podríamos calificar de «darwiniana», Durkheim insistía en el rol de los determinantes sociales (*étude de sociologie* es el subtítulo de su libro), algo que probablemente ganó más lectores para su obra y que le ha permitido conservar actualidad hasta hoy (Marrero

González, 2023), pues el suicidio es visto en estos tiempos como un grave problema social y no tanto de salud pública o de salud mental (Goel *et al.*, 2021).

Es verdad que entretanto ha surgido una disciplina con el nombre de suicidología (Shneidman, 1996, 2004) y hay nuevas teorías acerca del suicidio (véase para las de naturaleza sociológica y psicológica, entre otros, a Hausmann-Stabile *et al.*, 2021), y este, de otro lado, ha asumido formas muy variadas (el terrorismo suicida sea mencionado acá a guisa de ejemplo; Post *et al.*, 2009) y con causas en ocasiones de lo más extrañas, como lo anota Macho (2021), pero, aun así, la obra de Durkheim merece una lectura detenida.

En sus páginas aparece una tipología de los suicidios. Durkheim considera tres, el altruista, el egoísta y el anómico, refiriéndose en menor detalle a un cuarto: el fatalista. Es el anómico el que nos interesa.

El suicidio anómico es el que se produce cuando la persona experimenta una profunda desorientación con respecto a lo que sucede, lo cual aparece como algo imprevisto, inimaginable y que puede traer consigo situaciones dolorosas. Rápidos y radicales cambios y desórdenes en la sociedad, así como crisis económicas y ausencia o severo debilitamiento de las normas morales causan esa desorientación. El mundo tal como se lo conoce se ha derrumbado y la persona se ha quedado sin el sustento que le permite orientarse y moverse con familiaridad en esa cambiante realidad.

Nada menos que otro autor latinoamericano, Guillermo Cabrera Infante, este más bien del siglo XX, describe en su buida prosa el mundo vivencial que lleva a un suicidio anómico:

Caótico, amenazado por el futuro, enrarecido de nostalgias, el tiempo presente contiene, desgraciadamente, demasiadas trazas del pasado y no puede detener el futuro: es decir, el presente no puede dejar de ocurrir a cada instante. Una cronología es la nostalgia hecha crónica, enferma de fechas. (Cabrera, 2021, p. 138)

Eso es lo que Palma describe en «Los caciques suicidas». Los dos suicidas sienten que la realidad que los rodea les es irremisiblemente extraña, y que el futuro que les espera es oscuro y tenebroso. Por eso optan por decir adiós a ese mundo, que ya no es el suyo. Por eso se encierran y se dejan morir enterrándose en una cueva. Ese debió ser el destino de muchos de los habitantes del Tawantinsuyo en esos años.

Creo que este relato demuestra que hay en las *Tradiciones* una veta psicológica que espera ser estudiada. La literatura es la historia

de los sentimientos, de las pasiones, los amores y odios de todos nosotros, simples actores de reparto en ese drama que es la historia de la humanidad, cuya comprensión no admite ni requiere de cuadros estadísticos, experimentos, «ensayos bibliográficos» o notas a pie de página. Por eso, Kundera afirma en *Arte de la novela* (2006) que la literatura descubrió la lucha de clases y el inconsciente mucho antes que Marx y Freud. Habría que agregar que asimismo mucho antes que Freud diera a la luz su *Interpretación de los sueños* (Freud, 1968), la «Biblia» del psicoanálisis, Artemidoro, un interpretador profesional de la vida onírica que vivió en el siglo II de nuestra era, compartió todo su conocimiento, enriquecido con citas literarias, en una obra que tuvo el mismo título que la del psiquiatra afincado en Viena (Artemidoro de Efeso, 2021).

También en el Perú la literatura se ha adelantado a las ciencias sociales y a la psicología en muchos aspectos. ¿Qué duda cabe que los cuentos de Julio Ramón Ribeyro («Alienación», «De color modesto» y «El profesor suplente», para mencionar solo algunos) son excelentes radiografías del drama de la clase media peruana (Ferreira, 2024)?, ¿y que César Vallejo trató en *Fabla salvaje* (Vallejo, 1923/2020) un fenómeno que hoy forma parte de la psiquiatría folklórica?

Ricardo Palma hizo lo suyo en el siglo XIX, en el agitado Perú (¿cuándo no ha sido agitado nuestro país?) en el que le tocó vivir. En las *Tradiciones* encontramos «de todo» en materia psicológica: el simbolismo, simple pero efectivo, en «La adivinanza del virrey»; el logrado retrato psicológico en «Don Dimas de la Tijereta»; el autocontrol antecedente del penoso deber cumplir seguidamente en «Comida acabada, amistad terminada» (Palma, 2015d); la alusión a la conducta no verbal en «¡Al rincón! ¡Quita calzón!» (Palma, 2015a); los preparativos y la ejecución de una sangrienta venganza en «Mujer y tigre» (Palma, 2014c). Y podríamos seguir.

Lo que nos presenta de modo sucinto Palma en «Los caciques suicidas» es el mundo afectivo en el que la impotencia, la dignidad y la ira se alternan con la melancolía, la tristeza y la desorientación ante un desaparecido «mundo de ayer», para emplear la expresión de Stefan Zweig. Un mundo que los caciques sabían que no volvería más.

## Referencias bibliográficas

- Amador, G. H. (2015). Suicidio: consideraciones históricas. *Revista Médica de La Paz* (Bolivia), 21(2), 91-98.
- American Psychiatric Association (2013). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, Fifth edition-DSM-5. Arlington.

- Arendt, F., Scherr, S., Niederkrotenthaler, Th. & Till, B. (2018). The role of language in suicide reporting: Investigating the influence of problematic suicide referents. *Social Science & Medicine*, 208, 165-171.
- Artemidoros de Efezo (2021). *La interpretación de los sueños*. Alianza Editorial.
- Ayala, J. (2016). «Los caciques suicidas» y la cosmopercepción andina en Ricardo Palma. *Aula Palma*, (13), 153-162.
- Bettelheim, B. (2006). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Crítica.
- Bettelheim, B. (2012). *La fortaleza vacía. Autismo infantil y el nacimiento del yo*. Paidós.
- Boeri, M. (2002, primer semestre). Sobre el suicidio en la filosofía estoica. *HYPNOSIS (São Paulo)*, 7(8), 21-33.
- Bolaños, A. (2021). La representación de lo incaico en *Tradiciones peruanas. Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, (72), 61-80.
- Boring, E. (1980). *Historia de la psicología experimental*. Trillas.
- Buber, M. (1980). *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros. II*. Paidós.
- Buber, M. (1983a). *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores. I*. Paidós.
- Buber, M. (1983b). *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores. II*. Paidós.
- Buber, M. (1993). *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros. I*. Paidós.
- Cabrera, G. (2021). *O. Exorcismos de esti(1)0*. DeBolsillo.
- Camus, A. (1995). *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial.
- Carbonell, E. (2007). Tiempo y suicidio. Contribución antropológica a una discusión transdisciplinaria. *Gazeta de Antropología*, 23(1), [https://www.ugr.es/~pwlac/G23\\_01Eliseu\\_Carbonell\\_Camos.pdf](https://www.ugr.es/~pwlac/G23_01Eliseu_Carbonell_Camos.pdf)
- Chiri, S. (2021). La independencia del Perú en dos tradiciones de Ricardo Palma. *Aula Palma*, 20, 199-228.
- Curatola, M. (1989). Suicidio, holocausto y movimientos religiosos de redención en los Andes (ss. XVI-XVII). *Anthropologica*, 7(7), 233-262.
- Drinot, P. (2009). «Locura, neurastenia y modernidad»: interpretaciones médico-legales y populares del suicidio en la República Aristocrática. En: M. Cueto, J. Lossio y C. Pasco (Eds.), *El rastro de la salud en el Perú: nuevas perspectivas históricas* (pp. 211-258). Instituto de Estudios Peruanos.
- Dunkerley, J. (1992). *Political suicide in Latin America and other essays*. Verso Books.
- Duque de La Rochefoucauld (1817/2006). *Reflexiones o sentencias y máximas morales*. Editorial Universidad EAFIT.
- Durkheim, E. (1974). *El suicidio*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fernandez, D. (2000). *Cuba and the politics of passion*. University of Texas Press.
- Ferreira, C. (Ed.). (2024). *Los cuentos de Julio Ramón Ribeyro. Catorce textos críticos*. Universidad Ricardo Palma.
- Forgues, R. (2023). Las *Tradiciones* de Ricardo Palma en su dimensión filosófica. *Aula Palma*, 22, 399-412.

- Freud, S. (1968). La interpretación de los sueños. En *Obras completas* (vol. 2). Biblioteca Nueva.
- Godineau, D. (2012) *S'abréger les jours. Le suicide en France au XVIIIe siècle*. Armand Colin, Paris.
- Goel, D. S., Dennis, B., & Sarin, A. (2021). Debate: Suicide is a societal, not a mental health or even a public health problem. *World Social Psychiatry*, 3(3), 165.
- González Alvarado, O. (2022). Ricardo Palma y Francisco García Calderón Landa: encuentros y desencuentros. *Aula Palma*, 21, 89-110.
- Gracián, B. (1647/1995). *Oráculo manual y arte de prudencia*. Cátedra.
- Hausmann-Stabile, C., Glenn, C. R., & Kandlur, R. (2021). Theories of suicidal thoughts and behaviors: What exists and what is needed to advance youth suicide research. En R. Miranda y E. L. Jeglic (Eds.), *Handbook of Youth Suicide Prevention* (pp. 9-29). Springer, Cham.
- Heider, F. (1958). *The psychology of human relationships*. John Wiley.
- Huamán, V. (2021). El comercio exterior durante el siglo XIX en las Tradiciones Peruanas. *El Palma de la Juventud. Revista de Estudiantes de la Universidad Ricardo Palma*, 3 (3), 71-85.
- Huber, F. (2016). *Kind, versprich mir, dass du dich erschießt: Der Untergang der kleinen Leute 1945*. Piper.
- Jurado Urbina, D. M. (2022). Ludopatía en la tradición «Amor de madre. Crónica de la época del virrey “Brazo de Plata”» de Ricardo Palma. *El Palma de la Juventud. Revista de Estudiantes de la Universidad Ricardo Palma*, 4(5, julio-diciembre), 151-161.
- Knipe, D., Padmanathan, P., Newton-Howes, G., Lai Fong, Ch. & Kapur, N. (2022). Suicide and self-harm. *The Lancet*, 399 (10338), 1903-1916.
- Kundera, M. (2006). *Arte de la novela*. Tusquets.
- Larrobla, C., Hein, P., Novoa, G., Canetti, A., Heuguerot, C., González, V., Torterolo, M. J. & Rodríguez, L. (Comps.). (2017). *70 años de suicidio en Uruguay: 7 disciplinas, 7 entrevistas, 7 encuentros*. Universidad de la República.
- Lavallé, B. (2018). Los temas indios en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma. *Pluriversidad*, 1(1), 127-138.
- Le Roy, J. (1907). *Quo tendimus? Estudio médico-legal sobre el suicidio en Cuba durante el quinquenio de 1902-1907*. Establecimiento Tipográfico de Rocés y Pérez.
- Macera, P. (1978). *Visión histórica del Perú. Del Paleolítico al proceso de 1968*. Milla Batres.
- Macho, Th. (2021). *Arrebatar la vida. El suicidio en la modernidad*. Herder.
- Malle, B. F. & Ickes, W. (2000). Fritz Heider: philosopher and psychologist. En: G. A. Kimble y M. Wertheimer (Eds.), *Portraits of pioneers in psychology*, vol. 4 (pp. 195-214). American Psychological Association.

- Mariátegui, J. (1985). Concepción del hombre y alcoholismo en el Antiguo Perú. *Anales de Salud Mental*, 1, 33-49.
- Marrero, C. M. (2023). *El suicidio* (1897) de Émile Durkheim. Una obra vanguardista para seguir comprendiendo la salud mental en el siglo XXI. *Revista Cuidar*, 3, diciembre, 171-177.
- Martelaere, P. (1997). Der Lebenskünstler. Über eine Ästhetik des Selbstmords. *Neue Rundschau*, 3, 117-131.
- Matienco, J. (1567/1967). *Gobierno del Perú*. 1567. Institut Français D'Études Andines.
- Moitt, B. (1996) Slave women and resistance in the French Caribbean. En Barry Gaspar y Clarke Hine (Eds.), *More than chattel: Black women and slavery in the Americas* (pp. 239-258). Indiana University Press.
- Morong Reyes, G. (2014). Dispositivos de sujeción colonial: el uso de la condición melancólica en dos textos hispanos. Perú 1567/1616. *Revista de Humanidades*, 30(julio-diciembre 2014), 167-193.
- Morselli, E (1879). *Il suicidio. Saggio di statistica morale comparata*. Dumolard.
- Oviedo, J. M. (2012). *Historia de la literatura hispanoamericana* (vol. 2: *Del romanticismo al modernismo*). Alianza Editorial.
- Palma, R. (2014a). El mejor amigo..., un perro. En *Tradiciones peruanas*, Tercera/Cuarta Series (pp. 527-533). Universidad Ricardo Palma.
- Palma, R. (2014b). Muerta en vida. Crónica de la época del vigésimo sexto y vigésimo séptimo virreyes. En *Tradiciones peruanas*, Primera/Segunda Series (pp. 415-420). Universidad Ricardo Palma.
- Palma, R. (2014c). Mujer y tigre. En *Tradiciones peruanas*, Primera/Segunda Series (pp. 73-79). Universidad Ricardo Palma.
- Palma, R. (2015a). ¡Al rincón! ¡Quita calzón! En *Tradiciones peruanas*, Quinta/Sexta Series (pp. 221-224). Universidad Ricardo Palma.
- Palma, R. (2015b). Los caciques suicidas. En *Tradiciones peruanas*, Quinta/Sexta Series (pp. 299-300). Universidad Ricardo Palma.
- Palma, R. (2015c). Orgullo de cacique. En *Tradiciones peruanas*, Quinta/Sexta Series (pp. 47-49). Universidad Ricardo Palma.
- Palma, R. (2015d). Comida acabada, amistad terminada. En *Tradiciones peruanas*, Quinta/Sexta Series (431-434). Universidad Ricardo Palma.
- Palma, R. (2015d). Un fraile suicida. En *Tradiciones peruanas*, Séptima/Octava Series (pp. 123-127). Universidad Ricardo Palma.
- Pérez Jr., L. A. (2005). *To die in Cuba. Suicide and society*. University of North Carolina.
- Post, J. M., Ali, F., Henderson, S. W., Shanfield, S., Victoroff, J., & Weine, S. (2009). The psychology of suicide terrorism. *Psychiatry*, 72(1):13-31.
- Radin, P. (1957). *El hombre primitivo como filósofo*. Eudeba.

- Rankin, A. (2019). *Mishima, Aesthetic Terrorist: An Intellectual portrait*. University of Hawaii Press.
- Rodríguez, F. (2011). Brindan los curacas: de los *Comentarios Reales* a las *Tradiciones Peruanas*. *Mercurio Peruano*, 524, 142-150.
- Russell, R., Metraux, D. & Tohen, M. (2017). Cultural influences on suicide in Japan. *Psychiatry and Clinical Neurosciences*, 71, 2-5.
- Sáez, A. J. (2020). «No quiero seguir vivo en este mundo»: el suicidio en la poesía de Luis Alberto de Cuenca. *Boletín de la Real Academia Española*, 321, 253-272.
- Shneidman, E. (1996). *The suicidal mind*. Oxford University Press.
- Shneidman, E. (2004). *Autopsy of a suicidal mind*. Oxford University Press.
- Sri Kantha S. (2023). Suicides of elite Japanese writers: The case of Ryunosuke Akutagawa. *The National Medical Journal of India*, 36, 117-123.
- The Lancet* (9 de octubre de 2024). Editorial. A public health approach to suicide prevention, 9. <https://www.thelancet.com/action/showPdf?pii=S2468-2667%2824%2900220-2>
- Valenzuela, J (2019). La dimensión histórica de la poética de la ficción de Ricardo Palma. *Aula Palma*, 18, 315-328.
- Vallejo, C. (1923/2020). *Fabla salvaje*. Universidad Ricardo Palma.
- Yamanouchi H. (1972). Mishima Yukio and his suicide. *Modern Asian Studies*, 6(1), 1-16.

Recibido el 15 de julio de 2024  
Aceptado el 11 de noviembre de 2024